
ESTUDIOS SOBRE EL GÉNERO LITERARIO: DIÁLOGO, APOTEGMA Y ENSAYO

JESÚS GÓMEZ

(Grupo de Estudios de Prosa Bajo Medieval y Renacentista
& Universidad Autónoma de Madrid)

HAY UN DEBATE todavía pendiente entre la teoría y su *praxis* en el análisis de la obra literaria¹. La necesidad de teorizar para aprehender la significación de los textos debe conjuntarse, sin duda, con los métodos propios de la filología, tan denostados en estos últimos tiempos. Sin embargo, no es mi propósito abrir un campo de batalla en esta comunicación, sino más bien proponer un punto de encuentro en el que han coincidido con frecuencia la teoría literaria y el saber filológico heredero, en último extremo, del historicismo positivista².

Me refiero a la noción de género literario, conjurada aquí y ahora en su vertiente histórica más que como categoría intemporal (lírica, épica,

1. Esta comunicación se inscribe dentro del proyecto: «Inventario, descripción, edición crítica y análisis de textos de prosa hispánica bajomedieval y renacentista. Línea 1. Diálogos (Fase 1)», financiado por el Ministerio de Educación y Ciencia, dentro del proyecto de investigación HUM2006-07936.

2. Aunque no fuera el positivismo exclusivo de la filología, su herencia ha condicionado profundamente el desarrollo de la misma, como explica Joaquín Rubio Tovar, *La vieja diosa. De la Filología a la posmodernidad*, Alcalá de Henares: Centro de Estudios Cervantinos, 2004, pág. 36: «En una parte sustantiva de su historia, la filología no habría existido sin el positivismo, sin el afán de constatar, comprobar datos con absoluto rigor. En las investigaciones filológicas no suelen aparecer preocupaciones que entendemos hoy por teóricas; siempre han estudiado su materia prescindiendo (eso creían al menos algunos) de la teoría porque para trazarla siempre faltaban hechos».

dramática). El género histórico continúa siendo uno de los elementos imprescindibles del análisis textual³.

Las obras literarias se interpretan o se perciben como pertenecientes a categorías que, si bien no resultan inmutables ni están organizadas a modo de compartimentos estancos, ofrecen una serie de convenciones que condicionan su lectura. Buen ejemplo de ello son los estudios recientes sobre el diálogo, ya que la caracterización genérica ha sido una de las tareas que más se ha desarrollado en el hispanismo desde los años ochenta del siglo pasado⁴.

A continuación, pretendo ofrecer una pequeña muestra de la validez de este tipo de enfoques genéricos, tomando como referencia el *Coloquio de bienaventuranza*, un breve diálogo excelentemente publicado hace años por Pedro M. Cátedra a partir del ejemplar de la edición impresa en el año 1536, sin que consten en el volumen otros datos si bien: «tiene el folleto todas las características de las obras salidas de la imprenta medinense de Pedro Tovans»⁵.

El *Coloquio de bienaventuranza* es obra de Juan Sedeño, «vezino de Arévalo», a quien no se debe confundir con su homónimo Juan Sedeño, traductor al español de la *Arcadia* de Sannazaro y de otras obras italianas⁶. Versa el citado coloquio sobre el enfrentamiento dialéctico que tiene lugar entre el rey Crespo y el sabio Solón en torno al siempre controvertido tema de la felicidad humana. La anécdota del encuentro entre ambos interlocutores

3. Vid. Antonio García Berrio & Javier Huerta Calvo, *Los géneros literarios: Sistema e historia*, Madrid: Cátedra, 1992. La convivencia de perspectivas se percibe ya en el mismo subtítulo del libro, en el cual se aúnan los esfuerzos de la teoría y la historia literaria; o bien se percibe en afirmaciones como la siguiente: «El trabajo especulativo sobre la teoría de los géneros naturales no excluye ni entorpece, por otra parte, la legítima actividad historiográfica de constatar y explicar la producción de variedades históricas [...] la mayoría de las veces no se llegan a plantear exclusiones absolutas entre la perspectiva histórica y la teórica», págs. 61-62.

4. Con amplia bibliografía, Ana Vian, «Interlocución y estructura de la argumentación en el diálogo: algunos caminos para una poética del género», *Criticón*, 81-82 (2001), págs. 157-90, nos ofrece las posibles vías que abre la teoría de la argumentación a los historiadores del género. Para una visión actualizada de los estudios hispánicos sobre el diálogo, véase la documentada introducción de Antonio Castro Díaz a su reciente edición, *Diálogos o Coloquios* de Pedro Mejía, Madrid: Cátedra, 2004, págs. 19-39.

5. Según afirma Pedro M. Cátedra, en el prólogo a su edición de *Coloquios de amor y bienaventuranza*, Bellaterra (Barcelona): «stelle dell'Orsa», 1986, pág. 32, por la que cito de aquí en adelante.

6. El segundo Sedeño sería más joven y natural de Jadraque, según conjetura Giuseppe Mazzocchi, en el prólogo a su edición de la *Poesía originale (BNM, Ms. 7716)*, Viareggio & Lucca: Mauro Baroni, 1997, págs. 17-21.

se narra en un pasaje muy difundido de la *Historia* (I, 29-32) de Heródoto, sobre cuya tradición humanística pienso publicar un trabajo más extenso.

* * *

A continuación voy a referirme no tanto a las diferentes versiones que conocemos de la entrevista entre el rey lidio y el sabio ateniense, sino al diferente tratamiento que recibe el encuentro según sea el género literario elegido. Veremos cómo el desarrollo argumentativo que sirve de hilo conductor al *Coloquio de bienaventuranza* responde a los rasgos característicos del diálogo, a diferencia de lo que ocurre en otros géneros como el ensayo y el apotegma, en los cuales aparecen otras versiones de la misma anécdota.

De hecho, el coloquio de Sedeño está muy relacionado con el género de los apotegmas, de los *dicta et facta memorabilia* de personajes ilustres, al que tan aficionados se muestran los escritores del Renacimiento⁷. Podemos entender el discurso de Solón como la ampliación de una *chreia* o dicho ilustre («Optimum non nasci»), que adquiere mayor *auctoritas* puesto en boca del sabio ateniense.

Precisamente, en la difundida colección de Valerio Máximo (VII, ii, ext. 2), era recordado Solón como ejemplo de sabiduría, por su opinión de que «a nadie se le puede llamar feliz mientras vive». También en el *Coloquio de bienaventuranza*, Solón le replica a Creso que no puede considerarle como feliz o bienaventurado: «en tanto que en la vida te conservares»⁸. El fundamento de toda la argumentación dialógica posterior proviene de esta idea que aparece tanto en el *Coloquio de bienaventuranza* como en la tradición apotegmática, no sólo en Valerio Máximo, sino en Diógenes Laercio y en su adaptación medieval: *De vita et moribus philosophorum*. Hasta tal punto era conocida la máxima de Solón durante el Renacimiento que Pedro Mejía

7. Como explica Alberto Blecua: «La literatura apotegmática en España», en *Signos viejos y nuevos. Estudios de historia literaria*, edición de X. Tubau, Barcelona: Crítica, 2006, págs. 275-6: «Uno de los tipos de narración que más practicaban los escolares era la *chreia* (o mejor dicho, la *chreia*). ¿Y qué es exactamente una *chreia*? Pues Aftonio nos lo dirá: 'Chreia es la conmemoración breve de un dicho o hecho de alguna persona, traído a propósito'».

8. J. Sedeño, *Coloquios de amor y bienaventuranza*, pág. 104. En el conocido florilegio de Valerio Máximo, además de recordar brevemente el caso de Cleobis y Bitón (V, iv, ext. 4), se recuerda del siguiente modo la sentencia de Solón (VII, ii, ext. 2): «Pensaba que a nadie se le puede llamar feliz mientras vive, porque todos estamos sujetos a los caprichos de la fortuna hasta el último día. Es, por consiguiente, la pira mortuoria la que consagra para siempre jamás la felicidad humana», en *Hechos y dichos memorables*, traducción de F. Martín, Madrid: Akal, 1988, pág. 394.

se refiere en su *Silva de varia lección* al «mote y dicho, que es el que más se canta y publica entre los otros de los suyos, que es: ‘El fin de la vida deven todos esperar’»⁹.

Sin embargo, la argumentación dialógica en el *Coloquio de bienaventuranza* enlaza la entrevista que relata Heródoto con el tópico: «Optimum non nasci» y, de este modo, autoriza el discurso sobre la miseria de la vida humana puesto en boca de Solón. Le falta por completo a Sedeño el sentido crítico y la ironía característica que adopta Luciano cuando recrea el mismo encuentro con un propósito menos trascendente y ejemplar. En el coloquio del escritor español, después de la primera serie de *exempla*, Solón le responde a Creso: «Y como por el fin se ayan de juzgar las cosas, no creas que la vida se puede llamar bienaventurada, sino quando con gloriosa muerte es aprovada»¹⁰. Esta segunda conclusión no aparece en la adaptación lucianesca, ni tampoco en el original del historiador.

Desde la versión de Heródoto, la forma dialogada ha servido para caracterizar el enfrentamiento verbal que se produce entre el rey lidio y el sabio ateniense, ya que cada uno de los dos representa una concepción diferente y aun opuesta sobre la felicidad: la del rico, basada en los bienes de fortuna, y la del sabio, basada en la autoridad moral¹¹. En el *Coloquio de bienaventuranza*, Sedeño toma como punto de partida esta oposición retórica para luego potenciar el componente argumentativo, que deja de ser un procedimiento auxiliar del relato histórico como ocurría en Heródoto, para convertirse en el rasgo característico del coloquio que establecen los dos interlocutores.

En la versión de Sedeño, el proceso argumentativo adquiere mucho más peso que en la entrevista original, a continuación de la cual Heródoto narraba también el trágico fin de Creso tras ser derrotado por el rey de los persas y

9. *Silva de varia lección*, edición de Antonio Castro Díaz, Madrid: Cátedra, 1990, II, págs. 393-4.

10. J. Sedeño, *Coloquios de amor y bienaventuranza*, pág. 107. Jacques Bompaire, en su monumental estudio *Lucien écrivain. Imitation et création*, Paris: E. de Boccard, 1958, pág. 166, señala la relación entre Heródoto y Luciano: «Crésus converse avec Solon sur la valeur de l'or dans une scène du *Charon*: le modèle se trouve chez Hérodote, mais il y a des fortes changes que Lucien ne s'en inspire directement». Es muy posible que la transformación del pasaje de Heródoto en un diálogo *tout court* la hubiera llevado a cabo Sedeño sin tener presente el modelo de Luciano. En todo caso, no podemos considerar el *Coloquio de bienaventuranza* como lucianesco, en sentido estricto.

11. Como dice J. Bompaire, *Lucien écrivain*, pág. 166: «Le riche Crésus est le symbole de l'instabilité de la fortune», mientras que Solón: «il apparaît comme le type accompli du législateur, la plus haute autorité morale de la Grèce, sous les traits qu'on retrouve dans les *progymnasmata*» (pág. 168).

condenado a muerte. Tan sólo en ese momento, abatido por la desgracia final, reconoce el rey lidio que el sabio ateniense tenía razón cuando le advertía que había que esperar hasta la muerte para decidir si la vida de una persona había sido feliz. Este desenlace, con la reflexión de Creso, lo recuerda perfectamente Montaigne en uno de sus *Essais* (I, 19) cuando escribe:

Conocen los niños el cuento del rey Creso a propósito de esto; el cual, habiendo sido hecho prisionero por Ciro y condenado a muerte, a punto de ser ejecutado, exclamó: ¡Ay Solón! ¡Solón! Llegado esto a oídos de Ciro quien preguntó lo que quería decir, contestóle que comprobaba entonces en sus propias carnes la advertencia que antaño hiciérale Solón acerca de que los hombres, por mucho que les sonría la fortuna, no pueden decirse felices hasta que haya transcurrido el último día de su existencia a causa de la inseguridad y volubilidad de las cosas humanas que con ligero movimiento pasan de un estado a otro muy distinto¹².

A diferencia del ensayista, Sedeño suprime todo este desenlace ya que, en el *Coloquio de bienaventuranza*, el reconocimiento de Creso se produce tan sólo por la fuerza de los argumentos que aduce Solón para imponer su idea sobre la felicidad humana. De esta comparación, podemos deducir que al dialoguista, por las propias características del género literario que utiliza, le interesa mucho más el desarrollo del enfrentamiento dialéctico que el interés humano de la anécdota o la peripecia vital de sus protagonistas, presentes en el ensayo de Montaigne. Sedeño utiliza como punto de partida para construir su argumentación dialógica la anécdota histórica y también la tradición apotegmática en torno a la figura de Solón.

* * *

Tras haber comparado la diferente utilización que, de la anécdota narrada por Heródoto, hacen Valerio Máximo y otros autores en sus apotegmas, Montaigne en sus ensayos y Sedeño en su coloquio, podemos comprobar de manera práctica cómo, a diferencia de lo que ocurre tanto en el apotegma como en el ensayo, en el *Coloquio de bienaventuranza* el desarrollo de la argumentación pasa a un primer plano: Creso acepta las proposiciones defendidas por Solón no por haberlas experimentado él mismo en sus propias carnes, sino porque le convencen los argumentos que aduce el sabio ateniense.

12. *Ensayos*, traducción de M^a. Dolores Picazo & Almudena Montojo, Madrid: Cátedra, 1985, I, pág. 120. Precisamente, el ensayo lleva por título: «No se ha de juzgar nuestro destino hasta después de la muerte» (I, XIX).

El coloquio de Sedeño resulta *a priori* un excelente ejemplo para ilustrar un tipo de argumentación contradictoria, dada la incompatibilidad de los respectivos puntos de vista que representan Solón y Crespo, frente a lo que ocurre en la mayoría de los diálogos españoles del Renacimiento, en los que el interlocutor principal suele asumir el papel de maestro para exponer su doctrina sin discusión alguna prácticamente. Por el contrario, en el *Coloquio de bienaventuranza*, Solón contradice la idea inicial que tiene Crespo de la felicidad humana basada en el poder político y en las riquezas¹³.

El sabio ateniense construye su refutación mediante una serie de *exempla* apoyados en la *auctoritas*. El uso y abuso de estos argumentos contingentes y factuales son más propios de la retórica, que de la dialéctica o del pensamiento filosófico sustentado en la demostración rigurosa de las premisas¹⁴. De acuerdo con la naturaleza moral del tema que aborda el *Coloquio de bienaventuranza*, resulta imposible alcanzar demostraciones irrefutables desde el punto de vista de la lógica formal, aunque sí se puede alcanzar algún grado de certeza gracias a la persuasión que ejerce Solón sobre Crespo. De hecho, cuando el sabio concluye que lo mejor es no nacer o, en su defecto, morir lo más pronto posible, la premisa se basa en la autoridad moral del ateniense.

Ninguno de los dos interlocutores se plantea la necesidad de definir o de establecer en qué consiste la felicidad de manera previa, con independencia de la casuística analizada, lo que no deja de ser un «círculo vicioso» en términos argumentativos¹⁵. A pesar de que existe una contradicción

13. Podríamos plantearnos, de manera previa, si cuando no existe discusión o enfrentamiento dialéctico entre los respectivos puntos de vista de los interlocutores, existe una verdadera argumentación interactiva. Christian Plantin, *La argumentación* (1996), traducción de V. Morales, Barcelona: Ariel Practicum, 1998, pág. 35, llega a decir: «La argumentación supone que nos preguntamos si tal proposición está fundamentada. Tiene que existir duda, algo que se pone en duda, tiene que cuestionarse una proposición, tiene que haber divergencia de opiniones y, finalmente, oposición entre los discursos». Luego concluye: «Sólo puede haber argumentación si hay desacuerdo sobre una posición, es decir, confrontación entre un discurso y un contradiscurso».

14. En la argumentación de tipo retórico, predominan los «argumentos basados en la estructura de lo real» (entre los cuales se incluye la *auctoritas*) y los «enlaces que fundamentan la estructura de lo real» (entre los cuales se incluye el *exemplum*), de acuerdo con las denominaciones que emplean Ch. Perelman & L. Olbrechts-Tyteca, *Tratado de la argumentación*, traducción de J. Sevilla, Madrid: Gredos, 1989. La primera edición francesa del libro es de 1958, revisada en la edición de 1983.

15. Como dice Plantin, *La argumentación*, pág. 87: «Para que la argumentación por la definición escape al *círculo vicioso* es preciso que la definición haya sido establecida *a priori*, de la manera más general posible, independientemente del caso 'en cuestión'».

entre los puntos de vista del rey lidio y el sabio ateniense, el razonamiento tampoco progresa por la interacción de sus opiniones respectivas¹⁶.

Las escasas objeciones que formula Creso sirven tan sólo para hacer más persuasiva la victoria final de Solón, como admite el rey al final del coloquio: «Has provado tan bien tu intención que estoy determinado de oy más no inquietar mis súbditos por codicia de riquezas, pues tan poca bienaventuranza me paresçe que prometen»; aunque el rey utiliza el vocablo «provado» al referirse a la conclusión de su oponente, el *Coloquio de bienaventuranza* tiene como objetivo más la persuasión que la demostración científica, si aceptamos que, como propone Ana Vian, ambas posibilidades argumentativas se dan en los diálogos¹⁷.

Solón expone su peculiar opinión sobre la felicidad humana mediante una cadena de razonamientos que, en ningún caso, constituye un silogismo o una argumentación demostrativa. El sabio ateniense deduce que si no podemos considerar a nadie feliz hasta que muera, la mejor manera de alcanzar la felicidad es una muerte gloriosa pues, como dice: «la muerte es la cosa mejor que a los hombres puede venir», concluye: «Que quanto el hombre más presto muere, más participa de la bienaventurança»¹⁸.

Se trata de una conclusión precipitada, a todas luces, ya que sin haber definido de manera teórica en qué consiste la felicidad, Solón asimila este concepto al de la muerte gloriosa. Tampoco existe una relación necesaria entre la conclusión y sus argumentos, ya que el ideal del sabio ateniense se origina por el rechazo de la conducta de Creso, frente a la cual propone otros modelos de comportamiento. Estamos ante un tipo de falacia que, desde la retórica antigua, se denomina *argumentum ad personam*¹⁹.

16. A. Vian, «Interlocución y estructura de la argumentación», pág. 180: «Para que un razonamiento progrese no basta con oponer dos sistemas antitéticos; es necesario que el sistema que sucede a la antítesis intente recuperar lo que había de válido en la tesis».

17. J. Sedeño, *Coloquios de amor y bienaventuranza*, pág. 119. A. Vian («Interlocución y estructura de la argumentación», pág. 176) afirma que, en la primera de las dos posibilidades: «a la acción se subordinan la persuasión, la verdad, la creencia o la convicción; en este caso la finalidad de la argumentación es profundizar la discrepancia, ayudar a producir opiniones disconformes como condición para que el pensamiento se renueve»; mientras que en la segunda posibilidad: «es lo que ocurre en las ciencias, donde la argumentación busca el descubrimiento y la conservación de lo verdadero, una norma absoluta en el marco de la lógica no formal».

18. J. Sedeño, *Coloquios de amor y bienaventuranza*, pág. 118.

19. Vincenzo Lo Cascio, *Gramática de la argumentación. Estrategias y estructuras* (1991), traducción de D. Casacuberta, Madrid: Alianza, 1998, pág. 292. Ch. Plantin, *La argumentación*, cap. 15: «Las argumentaciones sobre la persona». Hay que distinguir el argumento sobre la persona (*ad personam*) del insulto o del simple ataque *ad hominem*, en el que no incurre Sedeño.

Las falacias y paralogismos en la argumentación del coloquio delatan también su filiación retórica. Además, la presencia de dos interlocutores enfrentados, Creso y Solón, no contribuye a «relativizar» la lección que imparte el sabio al rey, quien defiende su punto de vista sin demasiado convencimiento ante el papel de maestro que finalmente asume el ateniense, tal y como suele ocurrir en la mayoría de los diálogos renacentistas españoles²⁰. Tampoco es cierto que el diálogo sea el resultado de una cosmovisión racionalista y antidogmática que, en nombre de la experiencia y la duda, socavaría el principio de autoridad, reafirmado por la victoria de Solón frente a Creso.

En resumen, el tratamiento que hace Sedeño de la anécdota derivada de Heródoto en el *Coloquio de bienaventuranza* resulta muy significativo para definir el género dialogado por la importancia que adquiere la argumentación, mucho menos acentuada en aquellas obras pertenecientes a la tradición literaria del ensayo y del apotegma que ofrecen otras versiones sobre el mismo tema.

La breve comparación que hemos realizado en torno a la entrevista de Creso y Solón nos permite analizar, con técnicas filológicas, el diferente tratamiento que recibe la anécdota según el género de la obra: diálogo, apotegma o ensayo. Como decía al principio, me parece que los estudios sobre el género literario nos siguen ofreciendo, todavía hoy, un punto de encuentro a los teóricos de la literatura y a los filólogos.

20. A pesar de ello, en la crítica actual se sigue hablando del «relativismo» del diálogo como si fuera un rasgo inherente al género. Como ejemplo de este prejuicio tan arraigado, véase lo que afirma Anne Godard, *Le dialogue à la Renaissance*, Paris: PUF, 2001, pág. 39: «Le dialogue, comme la rhétorique dans son ensemble, est suspect pour ses affinités avec l'Antiquité païenne dont il a marqué le retour, mais plus encore par le relativisme critique qu'il est capable de véhiculer, et dont les dialogues érasmiens ont constitués un paradigme. Le dialogue est alors considéré comme l'expression rhétorique de la possibilité du doute et la forme énonciative qui permet la critique de l'autorité».